

Serie Biblioteca Básica del Cristiano No.6

El Testimonio de los Santos



“Un ejemplo para todos”

Índice

Todos podemos ser santos

Testimonio de amor

Presentación

Es una época donde la pureza de vida aparece como un contrasentido, el testimonio de tantos santos que a lo largo de la historia lucharon y vencieron en esta batalla por vivir de un modo casto, constituye una prueba de que ser cristiano de modo coherente, incluye la necesidad de esforzarse por vivir la santa pureza.

El ejemplo de cristianos de todas las épocas, también de la actual, muestra que sí es posible vivir esta virtud en el mundo actual.

TODOS PODEMOS SER SANTOS

Cardenal Joseph Ratzinger

(...) Me vienen a la mente las palabras del Señor recogidas en el evangelio de San Juan 5,17: "Mi Padre obra siempre". Son palabras expresadas por Jesús en el curso de una discusión con algunos especialistas de la religión que no querían reconocer que Dios puede trabajar en el día del sábado. Un debate todavía abierto y actual, en cierto modo, entre los hombres -también cristianos- de nuestro tiempo. Algunos piensan que Dios, después de la creación, se ha "retirado" y ya no muestra interés alguno por nuestros asuntos de cada día. Según este modo de pensar, Dios no podría intervenir en el tejido de nuestra vida cotidiana; sin embargo, en las palabras de Jesucristo encontramos la respuesta contraria. Un hombre abierto a la presencia de Dios se da cuenta de que Dios obra siempre y de que también actúa hoy; por eso debemos dejarle entrar y facilitarle que obre en nosotros. Es así como nacen las cosas que abren el futuro y renuevan la humanidad (...)

En esta perspectiva se comprende mejor qué significa santidad y vocación universal a la santidad. Conociendo un poco la historia de los santos, sabiendo que en los procesos de canonización se busca la virtud "heroica", podemos tener, casi inevitablemente, un concepto equivocado de la santidad porque tendemos a pensar: "Esto no es para mí". "Yo no me siento capaz de realizar virtudes heroicas". "Es un ideal demasiado alto para mí". En ese caso la santidad estaría reservada para algunos "grandes" de quienes vemos sus imágenes en los altares y que son muy diferentes a nosotros, pecadores normales. Tendríamos una idea totalmente equivocada de la santidad, una concepción errónea que ya fue corregida -y esto me parece un punto centra - por el propio Josemaría Escrivá.

Virtud heroica no quiere decir que el santo sea una especie de "gimnasta" de la santidad, que realiza unos ejercicios inasequibles para llevarlos a cabo las personas normales. Quiere decir, por el contrario, que en la vida de un hombre se revela la presencia de Dios, y queda más patente todo lo que el hombre no es capaz de hacer por sí mismo. Quizá, en el fondo, se trate de una cuestión terminológica, porque el adjetivo "heroico" ha sido con frecuencia mal interpretado. Virtud heroica no significa exactamente que uno hace cosas grandes por sí mismo, sino que en su vida aparecen realidades que no ha hecho él, porque él sólo ha estado disponible para dejar que Dios actuara. Con otras palabras, ser santo no es otra cosa que hablar con Dios como un amigo habla con el amigo. Esto es la santidad.

Ser santo no comporta ser superior a los demás; por el contrario, el santo puede ser muy débil, y contar con numerosos errores en su vida. La santidad es el contacto profundo con Dios: es hacerse amigo de Dios, dejar obrar al Otro, el Único que puede hacer realmente que este mundo sea bueno y feliz. Cuando Josemaría Escrivá habla de que todos los hombres estamos llamados a ser santos, me parece que en el fondo está refiriéndose a su personal experiencia, porque nunca hizo por sí mismo cosas increíbles, sino que se limitó a dejar obrar a Dios. Y por eso ha nacido una gran renovación, una fuerza de bien en el mundo, aunque permanezcan presentes todas las debilidades humanas. Verdaderamente todos somos capaces, todos estamos llamados a abrirnos a esa amistad con Dios, a no soltarnos de sus manos, a no cansarnos de volver y retornar al Señor hablando con Él como se habla con un amigo sabiendo, con certeza, que el Señor es el verdadero amigo de todos, también de todos los que no son capaces de hacer por sí mismos cosas grandes.

Párrafos de un artículo publicado por el Cardenal Ratzinger en "L'Osservatore Romano", en 2002, en la canonización de San Josemaría Escrivá.

TESTIMONIO DE AMOR

Testimonios y relatos de santos que se distinguieron en el esfuerzo heroico por vivir la pureza de cuerpo y de corazón.

Autobiografía de San Agustín (354-430)¹

Recuerdo mi pasada sensualidad y la corrupción de mi alma; recorro con mi memoria, lleno de amargura, aquél camino mío equivocado por el que anduve perdido.

Cuando llegué a la adolescencia ardí en deseos de hartarme de las más bajas cosas, y llegué a envilecerme hasta con los más diversos y turbios amores; me ensucé y me embruté por satisfacer mis deseos y agradar a los demás.

No deseaba más que amar y que me quisieran. No tenía medida ninguna, ni fijeza, como pide la verdadera amistad, sino que iba de aquí para allí como obcecado por mi concupiscencia carnal y la fuerza de mi pubertad, ofuscado, a oscuras; y mi corazón no distinguía la serena amistad de lo que era exclusivamente apetito de la carne. Abrasado por esta obsesión, me sentía arrastrado en esta débil edad por el vértigo de mis deseos y me sumergí hasta el fondo en toda clase de torpezas. Estaba sordo por el ruido de mis propias cadenas a cualquier voz que me llamara a la rectitud. Me sentía inquieto y nervioso, sólo ansiaba satisfacerme a mí mismo, hervía en el deseo de fornicar. Cada vez me alejaba más del verdadero camino yendo detrás de esas satisfacciones estériles, ensoberbecido, agitado y sin voluntad para obrar bien.

Ojalá hubiera habido alguien que me ayudara a salir de mi miseria, alguien que hubiera encauzado mi deseo de amar, que hubiera orientado mi ansioso deseo de placer para que mis embravecidas olas rompiesen en la playa del matrimonio.

Sin embargo, yo, miserable, me convertí en un hervidero de pasiones y rompí con todas las normas y con toda medida. Pero, dentro de tanta satisfacción ilícita, no pude evitar el dolor y la amargura que siempre traen consigo.

A mis dieciséis años me entregué totalmente a la carne, al furor de la satisfacción sensual, permitida y hasta aplaudida por la desvergüenza humana, pero contraria al amor de Dios. Ni siquiera los míos se preocuparon de orientarme hacia el matrimonio para evitar tanto pecado. Su única preocupación era que aprendiera a componer magníficos discursos y a convencer a los demás con la oratoria y la fuerza de las palabras.

Por falta de recursos familiares, tuve que vivir un obligado descanso -libre de estudios- en casa de mis padres. Aumentó entonces mi lascivia, sin que hubiera nadie que la arrancara de mí. Al contrario: un día, en que mi padre me vio desnudo en los baños y sexualmente excitado, como si se alegrara pensando ya en los nietos, se fue a contárselo satisfecho a mi madre. Por entonces ya mi madre empezaba a vivir decidida y seriamente la vocación cristiana; no mi padre, que sólo era catecúmeno, y desde hacía muy poco. Ella se asustó al oír a mi padre, porque, aunque yo todavía no era cristiano, temió que mi vida se torciera, alejado de Dios, y nunca me hiciera cristiano...

Ella quería -recuerdo que me habló a solas y con grave seriedad- que yo no fornicase y, sobre todo, que no cometiese adulterio con la mujer de nadie; pero estas advertencias me parecían cosas propias de mujeres, que me hubiera dado vergüenza obedecer...

Yo no lo sabía y, ciego como el que más, me avergonzaba entre mis compañeros de parecer menos desvergonzado que ellos cuando les oía ufanarse de su desvergüenza, más por el deseo de ser alabados y admirados que por el placer que encontraban en sus torpezas. Por no ser menos, yo me hacía más vicioso, y cuando no había hecho nada que mereciera la pena ser contado, lo inventaba y mentía para no parecer inocente y casto.

Este era el tipo de compañeros que yo tenía, con quienes recorría las plazas de esta nueva Babilonia, y me revolcaba en el cieno como si fuera un precioso perfume.

Ni siquiera mi madre, que había huido en este sentido de “Babilonia”, pero que en otras cosas caminaba muy despacio, se preocupó -como antes había hecho recomendándome la pureza-....

No se preocupó de eso, digo, porque temía que un matrimonio tan temprano frustrase las esperanzas y proyectos que tenía sobre mi futuro: mi carrera, mis estudios...

Esto es lo que pienso yo ahora al intentar recordar, dentro de lo que es posible, las intenciones de mis padres.

Llegué a Cartago. Por todas partes crepitaba, como en una sartén, ese hervidero de amor impuro. Aun cuando yo no hubiera entrado en ese hervidero, deseaba entrar, y me inquietaba por no poder gozar en seguida de ese impuro amor que por todas partes se me ofrecía. Buscaba por todas partes, deseaba ese amor, me indignaba conmigo mismo al verme pobre de amor. Yo no lo sabía, pero esos deseos dirigidos a tantas cosas impuras no eran sino hambre de Dios; yo no lo sabía, no lo veía así; al contrario, estaba totalmente vacío de todo lo que fuera espiritual, y no sentía el más mínimo apetito de algo elevado; no porque

estuviera harto, evidentemente, sino porque cuanto más vacío, más desgana sentía hacia el amor verdadero.

Mi alma no se encontraba bien, estaba herida, y así, lllagada, intentaba curarse con cosas sensuales, que con seguridad no serían apetecidas si no tuvieran al menos algo de espiritual.

Amar y ser amado era lo más dulce para mí, mucho más si podía gozar del cuerpo del amado. Y así ensuciaba la amistad, con la porquería de la concupiscencia; así ennegrecía su blancura, con la tizne de la lujuria. Y a pesar de mi deshonesto suciedad, deseaba vanidosamente que me tuvieran por elegante y educado.

Caí también en el amor en que deseaba caer: ¡por fin fui amado! Y, aunque ocultamente, pude gozar del vínculo del placer, y me até con alegría a esas pesadas cadenas, que luego azotan como varas candentes, del hierro de los celos, de las sospechas y temores, de enfados y de riñas.

Esta era mi vida, si es que a esto se le puede llamar vida. Tuve también el atrevimiento de desear con ardor y de procurarme una satisfacción mortal durante la celebración de una de las fiestas cristianas, y dentro de la iglesia. Sufrí luego por eso terriblemente, aunque mi pena fue nada comparada con mi culpa. Así andaba yo, erguido y orgulloso entre los malhechores, alejado de Dios, deseando mi sola satisfacción, encadenándome inútilmente a una fugitiva libertad...

Quizá puedan reírse orgullosamente al leer esto los que todavía no han sido humillados y vencidos felizmente por Dios; pero yo cuento todos mis errores pasados en alabanza suya, porque me sacó de ellos. Durante aquellos años enseñé Retórica en Cartago y, como deseaba tener dinero, vendía mi locuacidad a bien alto precio. Aunque, y esto es bien cierto, antes que ganar dinero prefería tener buenos discípulos, lo que se entiende por buenos, a quienes enseñaba sin engaños el arte de engañar, no para que lo usasen contra el inocente, sino para defender a los acusados. Pero esa buena intención mía, que yo ejercía en mi enseñanza con los que, como yo, amaban la vanidad, la mentira, era como un centelleo vacilante sobre un suelo resbaladizo y entre mucho humo.

En esos años vivía, como he dicho, con una mujer, no unido a ella en lo que se conoce por legítimo matrimonio, sino por mi oscura e insensata pasión; pero vivía sólo con una, a la que guardaba fidelidad. Con ella pude experimentar lo distinto que es el amor conyugal, que ha sido establecido como engendradora de gracia, y el pacto de amor impuro, donde los niños nacen contra voluntad, aunque una vez nacidos se les quiera luego.

Entre tanto, mis pecados se multiplicaban. Arrancaron de mi lado -como un impedimento para mi futuro matrimonio- a aquélla con quien yo había compartido durante quince años mi lecho; mi corazón, tan pegado a ella, al separarlo quedó llagado y manaba sangre. Ella se volvió a África y prometió al Señor no conocer a ningún otro hombre; dejó conmigo a Adeodato, el hijo que yo había tenido con ella. Yo, desgraciado de mí, incapaz de imitarla, no pude aguantar los dos años que tenían que pasar hasta poder unirme a la esposa que me había sido prometida, porque no era el matrimonio lo que yo deseaba, sino que era esclavo de la sensualidad; por eso me conseguí otra -no como esposa-, como si quisiera mantener entera e incluso aumentada esta enfermedad de mi alma, sostenida por esa costumbre que seguiría ininterrumpida hasta que me casara.

Por eso no se curaba la herida que me había hecho al arrancarme de mi primera mujer, al contrario, después de un dolor fortísimo, empezaba como a corromperse, y el dolor era más desesperante a medida que se iba enfriando la herida.

Había ya muerto mi adolescencia loca y alborotada, y entraba en la juventud; cuanto más crecía en edad, más estúpidamente vacío me volvía, hasta el punto de no poder pensar la realidad más que lo que se percibe por los sentidos.

El demonio era el dueño de mi voluntad, y con ella había hecho una cadena que me tenía preso. Y es que la mala voluntad nace de la concupiscencia, y si se obedece a los deseos de la carne se convierten en costumbre, y si no se rompe esa costumbre se convierte en necesidad. Con estos anillos, enlazados entre sí, había yo hecho la cadena con la que el demonio me tenía aherrojado en la más dura esclavitud.

La nueva voluntad que empezaba a nacer, de servir a Dios y gozar de Él, única alegría segura, todavía no era capaz de vencer a la otra voluntad, la primera, que con los años se había hecho tan fuerte en mí. De esta manera mis dos voluntades, la vieja y la nueva, la carnal y la espiritual, luchaban entre sí, y peleándose me destrozaban el alma.

Así comprendí por propia experiencia eso que había leído: *la carne lucha contra el espíritu y el espíritu contra la carne*; y yo estaba en los dos bandos, aunque más en el bueno que en el malo; porque en el malo había más de no-yo que de mí, puesto que las más de las veces sufría esta agonía contra mi voluntad, y eran ya menos las veces que obraba el mal queriendo...

No tenía ya excusa que oponer cuando Dios me decía: *Levántate, tú que duermes, sal de entre los muertos y Cristo te iluminará*. De mil maneras veía que era verdad lo que Dios me decía, no tenía ya absolutamente nada que

objetar, vencido por la verdad; sólo podía balbucir palabras soñolientas: “*Ahora voy... En seguida... Espera un poquito más...*”

Pero este ahora no acababa nunca de llegar, y este un poquito más se alargaba demasiado. Era inútil querer buscar la paz en la Ley de Dios según el hombre interior, por que en mi cuerpo otra ley gritaba contra la ley de mi espíritu, y me tenía cautivo bajo la ley del pecado de mi cuerpo. Ley del pecado es esa fuerza que tiene la costumbre, por ella es arrastrado y preso el espíritu, incluso contra su voluntad, como justo castigo por haberse antes dejado caer en ella voluntariamente ¡Miserable de mí! ¿Quién podía librarme de este cuerpo de muerte sino la gracia de Dios, por medio de Cristo Señor nuestro?

Quiero contar cómo me libró Dios de la atadura de mi deseo de realizar el coito, que me tenía estrechamente encadenado, y de la esclavitud de mis asuntos profesionales, y debo confesar *el nombre de Dios, mi Señor, ayudador mío y Redentor mío.*

Adolescente y miserable, sí, miserable del todo, porque desde mi adolescencia había pedido a Dios la castidad, aunque de este modo: “Dame la castidad y la continencia, pero no ahora”, porque temía que Dios me escuchara demasiado pronto y me curara inmediatamente de mi enfermedad de concupiscencia que yo prefería satisfacer antes que apagarla...

Más tarde pensé que si aplazaba día tras día el seguir sólo a Dios, y sin tener ilusión tampoco por las cosas de aquí, era porque no encontraba nada seguro a lo que pudiera dirigirme; pero ahora había llegado ya el día en que quedaba desnudo ante mí mismo, y mi conciencia me gritaba: “¿Dónde está lo que decías? Tú decías que porque no estabas seguro de la verdad no te decidías a tirar tu carga de vaciedades. Ahora ya estás seguro, y, a pesar de todo, sigues con esa carga a tu espalda. Ha habido otros que ni han gastado tanto tiempo buscando ni han necesitado más de diez años como tú, y ya tienen alas en su espalda, libres de toda carga”.

Yo entonces, vuelto en mí, ¡qué cosas me dije!, ¡con qué latigazos de acusaciones azoté mi alma para que me obedeciese, a mí, que me esforzaba por ir hacia Dios! Mi alma se resistía, no quería, pero ya no podía alegar ninguna excusa, porque estaban ya agotados y rebatidos todos los argumentos. Sólo le quedaba a mi alma una especie de mudo terror; eso es lo que yo tenía, un miedo de muerte por ver que tendría que apartarme de mi cotidiana costumbre, en la que me consumía día tras día.

Mientras seguía en la angustia de mi indecisión, me tiraba del pelo, me golpeaba la frente, me retorció las manos, me apretaba las rodillas...; no puedo decir que eso lo hiciera sin querer, lo hacía porque quería. En cambio, por

dentro me parecía a esos que quieren moverse y no pueden, por estar mutilados o estar débiles por alguna enfermedad o por estar atados e impedidos de cualquier otro modo. Yo actué así porque quise, digo; pero pude también, como esas personas, querer y no poder moverme si mi cuerpo no me hubiera obedecido. Por tanto, hice en aquel momento cosas en las que no es lo mismo querer que poder, y, en cambio, por dentro no hacía lo que me atraía con toda mi alma, y que hubiera podido hacer con sólo querer, porque en el mismo instante en que realmente hubiera querido, hubiera podido porque, en esto, poder es lo mismo que querer, querer es ya poder, actuar.

Sin embargo, no actuaba. Mi cuerpo obedecía con más facilidad moviendo sus miembros, al más leve mandato de mi alma, que no el alma a sí misma para hacer su voluntad en sólo el ámbito de la voluntad. ¿De dónde nacía esta monstruosidad? ¿Por qué tenía que ser así? Ojalá la luz de la misericordia divina me ilumine –pensaba-, ojalá pudiera preguntar, si es que me respondían, al abismo del dolor del hombre y a las oscuras penas de los hijos de Adán: ¿De dónde nace esta monstruosidad? ¿Por qué es así?...

De esta manera me atormentaba a mí mismo con más dureza que nunca, una y otra vez, plenamente consciente de ello, revolviéndome entre mis ligaduras para ver si rompía ese poco que me sostenía, pero que, poco y todo, me tenía atado. Dios me movía, gritándome desde dentro de mí; y con su severa misericordia redoblaba mi miedo y mi vergüenza a ceder otra vez y no terminar de romper lo poco que ya quedaba, para que no se rehiciesen otra vez mis viejas ligaduras, y me atasen otra vez y con más fuerza.

Yo, interiormente, me decía: “Venga, ¡ahora, ahora!” Y estaba ya casi a punto de pasar de la palabra a la obra, justo a punto de hacerlo; pero... no lo hacía; aunque, al menos, no daba un paso atrás, sino que me quedaba como al borde de mi paso anterior; tomaba aliento, y lo intentaba de nuevo. Cada vez faltaba menos, y luego menos, y ya casi tocaba el fin, casi lo alcanzaba. Pero la verdad es que ni llegaba a él ni lo tocaba ni lo alcanzaba. Podía más en mí lo malo, que ya se había hecho costumbre, que lo bueno, a lo que no estaba acostumbrado. Me aterrorizaba cada vez más a medida que se acercaba el momento decisivo. Y si este terror no me hacía volver atrás ni apartarme de la meta, me tenía paralizado y quieto.

Estando en esta terrible batalla dentro de mi casa, la interior, que yo mismo había provocado con furia en mi alma, en lo más íntimo de ella, en mi corazón, deshecho interiormente; me fui al jardín, como he dicho, y Alipio me siguió. Aunque él me acompañara, no por eso me sentía menos sólo; pero cómo no iba a acompañarme él al verme tan afectado...

Nos sentamos lo más lejos posible de la casa. Yo gritaba interiormente, me enfurecía con una rabia terrible por no hacer las paces con Dios, todo mi cuerpo me empujaba a ir a Él, elevándolo hasta el cielo con sus alabanzas; no eran necesarias naves ni cuadrigas, ni andar siquiera para llegar a Él. La distancia era más corta que la que había desde la casa a nuestro sitio en el jardín; porque no sólo el ir, sino el llegar mismo no consistía en otra cosa que en querer, pero firmemente y del todo, no a medias, no desviándose unas veces a un lado y otras a otro, siempre cambiando, siempre dudando entre la parte que se eleva hacia Dios y la que se arrastra por el suelo, no, sino del todo.

De lo más hondo de sí mismo Alipio sacó y me dijo unas subidísimas palabras, y amontonó al hacerlo toda mi porquería frente a mi corazón, y mi alma estalló en una enorme tormenta, cargada de una torrencial lluvia de lágrimas; para descargarla a gritos, me alejé de Alipio -me pareció que para llorar era mejor estar solo- y me retiré lo más lejos que pude, para que su presencia no me molestara. Él se dio cuenta porque, al decir no sé qué mientras me levantaba y me iba, por el tono de mi voz notó que estaba llorando.

Él se quedó quieto donde estábamos antes sentados, del todo sorprendido; y yo, no sé cómo, me eché bajo una higuera y di rienda suelta a mis lágrimas. No con estas mismas palabras, pero sí con este mismo sentido, dije a Dios muchas cosas como éstas: *¡Tú, Señor, hasta cuándo! ¡Hasta cuándo, Señor, vas a estar airado! ¡No quieras acordarte ya más de mis paradas maldades!*

Me sentía todavía preso por ellas y daba gritos gimiendo: “¡Hasta cuándo, hasta cuándo, mañana, mañana! ¿Por qué no hoy? ¿Por qué no ahora mismo y pongo fin a todas mis miserias?”

Mientras decía esto y lloraba con amarguísimo arrepentimiento de mi corazón, de repente oí de la casa vecina una voz, no sé si de niño o de niña, que, cantándolo y repitiéndolo muchas veces, decía: “*Toma y lee, toma y lee.*”

De repente, se me demudó la cara, e intenté recordar si había algún juego en el que los niños soliesen cantar algo parecido, pero no recordaba haber oído nunca nada semejante; conteniendo mis lágrimas, me levanté, interpretando esa voz como una orden divina que abriese el libro y leyese lo que se me apareciera al abrirlo. (Es que había oído decir de Antonio que, por una lectura del Evangelio hecha por casualidad, y aplicándose a sí mismo lo que leía -*Vete, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y después ven y sígueme-*, se había convertido a Dios en aquel mismo momento, con aquella lectura.)

Por eso, de prisa, me volví al sitio donde estaba sentado Alipio, y donde yo había dejado el libro del Apóstol al levantarme de allí; lo tomé, lo abrí y leí en

silencio lo primero con que me encontré; decía: *No andéis ya en comilonas y borracheras, - ni en la cama haciendo cosas impúdicas; dejad ya las contiendas y peleas, y revestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no os ocupéis de la carne y de sus deseos.*

No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues en cuanto terminé de leer ese párrafo, como si me hubiera inundado el corazón una fuertísima luz, se disipó toda la oscuridad de mis dudas.

Cerré el libro poniendo punto con el dedo, o quizá con alguna cosa, y ya tranquilo se lo expliqué todo a Alipio.

Él me contó entonces lo que le estaba ocurriendo a él también, y yo no lo sabía. Quiso ver lo que había leído; se lo enseñé, y él se fijó en lo que seguía a lo que yo había leído, y en lo que yo no me había fijado antes. Seguía así: *Recibid al débil en la fe*, y Alipio se lo aplicó a sí mismo y me lo dijo; fortalecido con este aviso, y sin ninguna agitación interior ni duda alguna, abrazó esa determinación y buen propósito de una manera del todo acorde con su vida, con la que, hacía tiempo ya, me aventajaba tanto a mí.

Después entramos a ver a mi madre, se lo dijimos todo y se llenó de alegría. Le contamos cómo había sucedido, y saltaba de alegría y cantaba victoria, y bendecía a Dios, *que es poderoso para darnos más de lo que pedimos o entendemos*, porque veía que Dios le había concedido, en lo que se refiere a mí, mucho más de lo que constantemente le pedía con sus lastimeras y llorosas quejas.

Porque de tal manera me convirtió Dios a Él, que ya no quería esposa, ni tenía puesta mi esperanza en ninguna cosa de este mundo, porque vivía en la regla de la fe, aquella sobre la que hacía tantos años Dios me hizo aparecer en sueños junto a mi madre.

Santa Laura Vicuña (1891-1904)

La hija que ofreció la vida por salvar a la madre, nació en Santiago de Chile, el 5 de abril de 1891 y murió en Argentina el 22 de enero de 1904, a la edad de sólo 13 años. El Papa Juan Pablo II la beatificó el 3 de septiembre de 1988.

Su padre es un alto militar y jefe político de Chile. Una revolución derroca al gobierno y la familia Vicuña tiene que salir huyendo, desterrados a 500 kilómetros de la capital. Allí muere el papá y la familia queda en la miseria. Laura tiene apenas dos años cuando queda huérfana de padre.

La mamá, con sus dos hijas, Laura y Julia, emprenden un largísimo viaje de ocho meses hacia las pampas de Argentina. Allí encuentra un ganadero brutal y matón, movida por su gran miseria, la pobre Mercedes se va a vivir con él en unión libre. El hombre se llamaba Manuel Mora.

En 1900 Laura es internada en el colegio de las Hermanitas Salesianas de María Auxiliadora en el colegio de los Andes.

Allí, en clase de religión, al oír que la profesora dice que a Dios disgustan mucho los que viven en unión libre, sin casarse, la niña empieza a palidecer. La profesora cambia de tema pero consulta el caso con la hermana directora del colegio: “Por qué será que Laura Vicuña se asusta tanto cuando se habla del pecado que es el vivir en unión libre?”. La superiora le aconseja: “Vuelva a tratar de ese tema, y si ve que la niña se asusta, cambie de tema”. Así lo hace.

Laurita se ha dado cuenta de un gravísimo mal: su madre, el ser que ella más ama en el mundo, después de Dios y la Virgen, su mamá Mercedes, vive en pecado mortal y está en grave peligro de condenación eterna. ¡Es terrible! Y Laura hace un plan: ofrecerá su vida a Dios, con tal de que la mamá abandone a ese hombre con el cual vive en pecado. Comunica su plan al confesor, el Padre Crestanello, salesiano. Él le dice: “Mira que eso es muy serio. Dios puede aceptarte tu propuesta y te puede llegar la muerte muy pronto”. Pero la niña está resuelta a salvar el alma de la mamá a cualquier costo, y ofrece su vida al Señor Dios, en sacrificio para salvar el alma de la propia madre.

En el colegio es admirada por las demás alumnas como la mejor compañera, la más amable y servicial. Las superiores se quedan maravilladas de su obediencia y del enorme amor que siente por Jesús Sacramentado y por María Auxiliadora.

El día de su primera comunión ofrece su vida en sacrificio a Jesús, y al ser admitida como “Hija de María”. Consagra su Pureza a la Sma. Virgen María.

Va a pasar vacaciones en la casa donde vive su madre y Manuel Mora trata de irrespetarla pero ella no lo permite, prefiere ser abofeteada y azotada brutalmente por él pero no admite ningún irrespeto a su virtud. Manuel aprende a respetarla.

En una gran inundación que invade el colegio, Laura por salvar la vida de las más pequeñas, pasa largas horas de la noche entre las frías aguas sacando niñas en peligro, y adquiere una dolorosa enfermedad en los riñones. Dios empieza a aceptar el sacrificio que le ofreció por salvar el alma de su mamá.

Laura empieza a palidecer y a debilitarse. Siente enorme tristeza al oír de los superiores que no la podrán aceptar como religiosa porque su madre vive en concubinato. Sigue orando por ella. Cae a cama. Dolores intensísimos. Vómitos

continuos. Se retuerce del dolor. La vida de Laura se está apagando. “Señor: que yo sufra todo lo que a Ti te parezca bien, pero que mi madre se convierta y se salve”.

Va a entrar en agonía. La madre se acerca. “Mamá, desde hace dos años ofrecí mi vida a Dios en sacrificio para obtener que tú no vivas más en unión libre. Que te separes de ese hombre y vivas santamente. Mamá: ¿antes de morir tendré la alegría de que te arrepientas, y le pidas perdón a Dios y empieces a vivir santamente?”.

“¡Ay hija mía! exclama doña Mercedes llorando, ¿entonces yo soy la causa de tu enfermedad y de tu muerte? Pobre de mí ¡Oh Laurita, qué amor tan grande has tenido hacia mí! Te lo juro ahora mismo. Desde hoy ya nunca volveré a vivir con ese hombre. Dios es testigo de mi promesa. Estoy arrepentida. Desde hoy cambiaré mi vida”.

Laura manda llamar al Padre Confesor. “Padre, mi mamá promete solemnemente a Dios abandonar desde hoy mismo a aquel hombre”. Madre e hija se abrazan llorando.

Desde aquel momento el rostro de Laura se torna sereno y alegre. Siente que ya nada le retiene en esta tierra.

Divina Misericordia ha triunfado en el corazón de su amadísima mamacita. Su misión en este mundo ya esté cumplida. Dios la llama al Paraíso.

Recibe la unción de los enfermos y su última comunión. Besa repetidamente el crucifijo. A su amiga que reza junto al lecho de moribunda le dice: ¡Qué contenta se siente el alma a la hora de la muerte, cuando se ama a Jesucristo y a María Santísima!

Lanza una última mirada a la imagen que está frente a la cama y exclama: “Gracias Jesús, gracias María”, y muere dulcemente. Era el 22 de enero de 1904. Iba a cumplir los 13 años.

La madre tuvo que cambiarse de nombre y salir disfrazada de aquella región para verse libre del hombre que la perseguía. Y el resto de su vida llevó una vida santa.

Laura Vicuña ha hecho muchos milagros a los que le piden que rece por ellos ante Nuestro Señor. Y el Papa Juan Pablo la declaró Beata en 1988.

Santa Águeda, virgen y mártir (230-251)

En tiempos de la persecución del tirano emperador Decio, el gobernador Quinciano se propone enamorar a Águeda, pero ella le declara que se ha consagrado a Cristo.

Para hacerle perder la fe y la pureza el gobernador la hace llevar a una casa de mujeres de mala vida y estarse allá un mes, pero nada ni nadie logra hacerla quebrantar el juramento de virginidad y de pureza que le ha hecho a Dios. Allí, en esta peligrosa situación, Águeda repetía las palabras del Salmo 16: “Señor Dios: defiéndeme como a las pupilas de tus ojos. A la sombra de tus alas escóndeme de los malvados que me atacan, de los enemigos mortales que asaltan”.

El gobernador le manda destrozarse el pecho a machetazos y azotarla cruelmente. Pero esa noche se le aparece el apóstol San Pedro y la anima a sufrir por Cristo y la cura de sus heridas.

Al encontrarla curada al día siguiente, el tirano le pregunta: ¿Quién te ha curado? Ella responde: "He sido curada por el poder de Jesucristo". El malvado le grita: ¿Cómo te atreves a nombrar a Cristo, si eso está prohibido? Y la joven le responde: "Yo no puedo dejar de hablar de Aquél a quien más fuertemente amo en mi corazón".

Entonces el perseguidor la mandó echar sobre llamas y brasas ardientes, y ella mientras se quemaba iba diciendo en su oración: "Oh Señor, Creador mío: gracias porque desde la cuna me has protegido siempre. Gracias porque me has apartado del amor a lo mundano y de lo que es malo y dañoso. Gracias por la paciencia que me has concedido para sufrir. Recibe ahora en tus brazos mi alma". Y diciendo esto expiró. Era el 5 de febrero del año 251.

Desde los antiguos siglos los cristianos le han tenido una gran devoción a Santa Águeda y muchísimos y muchísimas le han rezado con fe para obtener que ella les consiga el don de lograr dominar el fuego de la propia concupiscencia o inclinación a la sensualidad.

Santa Inés (290-304)

San Ambrosio en una de sus homilías habló de Santa Inés como un personaje muy conocido de las gentes de aquel tiempo. Recuerda que su nombre viene de Agnus, y significa "pura".

Y añade el santo: "Se refiere que ella tenía sólo trece años cuando fue martirizada. Y notemos el poder de la fe que consigue hacer mártires valientes en tan tierna edad. Casi no había sitio en tan pequeño cuerpo para tantas heridas. Se mostró valientísima ante las más ensangrentadas manos de los verdugos y no se desanimó cuando oyó arrastrar con estrépito las pesadas cadenas. Ofreció su cuello a la espada del soldado furioso. Llevada contra su voluntad ante el altar de los ídolos, levantó sus manos puras hacia Jesucristo orando, y desde el fondo de la hoguera hizo el signo de la cruz, señal de la victoria de Jesucristo. Presentó sus manos y su cuello ante las argollas de hierro, pero era tan pequeña que aquellos hierros no lograban atarla. Todos lloraban menos ella. Las gentes admiraban la generosidad con la cual brindaba al Señor una vida que apenas estaba empezando a vivir. Estaban todos asombrados de que a tan corta edad pudiera ser ya tan valerosa mártir en honor de la Divinidad. Cuántas amenazas empleó el tirano para persuadirla. Cuántos halagos para alejarla de su religión. Mas ella respondía: La esposa injuria a su esposo si acepta el amor de otros pretendientes. Únicamente será mi esposo el que primero me eligió, Jesucristo. ¿Por qué tardas tanto verdugo? Perezca este cuerpo que no quiero sea de ojos que no deseo complacer. Llegado el momento del martirio. Reza. Inclina la cabeza. Hubierais visto temblar el verdugo lleno de miedo, como si fuera él quien estuviera condenado a muerte. Su mano tiembla. Palidece ante el horror que va a ejecutar, en tanto que la jovencita mira sin temor la llegada de su propia muerte. H aquí dos triunfos a un mismo tiempo para una misma niña: la pureza y el martirio".

Era de la noble familia romana Clodia. Nació cerca del año 290. Recibió muy buena educación cristiana y se consagró a Cristo con voto de virginidad.

Volviendo un día del colegio, la niña se encontró con el hijo del alcalde de Roma, el cual se enamoró de ella y le prometió grandes regalos a cambio de la promesa de matrimonio. Ella respondió: "He sido solicitada por otro Amante. Yo amo a Cristo. Seré la esposa de Aquel cuya Madre es Virgen; lo amaré y seguiré siendo casta".

El hijo recurre a su padre, el alcalde. Este la hace apresar. La amenazan con las llamas si no reniega de su religión pero no teme a las llamas. Entonces la condenan a morir degollada. Sus padres recogen el cadáver. La sepultan en el sepulcro paterno. Pocos días después su hermana Emerenciana cae martirizada a pedradas por estar rezando junto al sepulcro.

"Con mínimas fuerzas superó grandes peligros", dice San Dámaso en su epitafio.

Todos los historiadores coinciden en proclamarla mártir de la virginidad. Es patrona de las jóvenes que desean conservar la pureza. Cada año, el 21 de

enero, día de Santa Inés, se bendicen los corderos con cuya lana se tejen los "palios", o sea el distintivo de los arzobispos.

En este tiempo de materialismo, sea ella un modelo de castidad para la juventud.

San Carlos Luanga y los mártires de Uganda (1886)

Uganda es un país del África. Los padres Blancos del Cardenal Lavigerie empezaron a misionar ese país y pronto hubo muchos negros convertidos al catolicismo y esta religión les transformó muy notablemente su modo de pensar y obrar.

Y sucedió que el jefe de esa nación, llamado Muanga, vivía la homosexualidad. Y cuando el jefe del personal de mensajeros del palacio José Makasa, se convirtió al catolicismo le hizo saber al jefe que la Biblia condena y prohíbe totalmente la homosexualidad y que la llama una "aberración", o sea algo abominable, que va contra la Ley Divina y que es totalmente impropio de la persona humana. Y que el Libro Sagrado dice que "la homosexualidad es un pecado merecedor de la muerte" (Levítico 18) y "algo que va contra la naturaleza (Rom. 1,26) y que los que lo cometen no poseerán el Reino de Dios (1 Cor. 6,10). Esto indignó tanto al reyezuelo, que ordenó asesinar a José Makasa el 15 de noviembre de 1885, y así éste llegó a ser el primero de los 26 mártires de Uganda. (Ahora se llama San José Makasa). Otra de las causas del asesinato de José fue haber reprendido al rey por el asesinato de dos misioneros.

Al saber esta terrible noticia, los demás católicos que trabajaban en el palacio real como mensajeros o empleados, en vez de acobardarse, se animaron más fuertemente a preferir morir antes que ofender a Dios.

La segunda víctima fue un pequeño mensajero llamado Denis. El jefe Muanga quiso irrespetar a un jovencito llamado Muafa, pero este le dijo que su cuerpo era un templo del Espíritu Santo, y que él se haría respetar costara lo que costara. Averiguó el rey quién le había enseñado al niño estas doctrinas y le dijeron que era otro de los mensajeros, Denis, ¡y le dio muerte! Así este jovencito llegó a ser el segundo mártir San Denis. (Antes de darle muerte, el rey le preguntó: "¿eres cristiano?" y el niño respondió: "Sí, soy cristiano y lo seré hasta la muerte").

Mientras tanto allá en un salón del palacio, el nuevo jefe de los mensajeros, Carlos Luanga (que había reemplazado a San José Makasa) reunía a todos los jóvenes y les recordaba lo que enseña San Pablo en la S. Biblia, que "los que cometen el pecado de homosexualidad tendrán un castigo inevitable por su

extravío" (Rom. 1,18) y les recordaba que "homosexualidad es la tendencia a cometer acciones impuras con personas del propio sexo", y que eso no es amor de caridad que busca el bien de la otra persona, sino que es un "amor de concupiscencia" por el afecto que se siente hacia personas bien parecidas del propio sexo, y que lo que busca es satisfacer sus propios apetitos e inclinaciones anormales hacia las cualidades físicas del otro. Y les narraba cómo las ciudades de Sodoma y Gomorra fueron destruidas por una lluvia de fuego por cometer ese pecado, y cómo la Biblia anuncia tremendos castigos para los que lo cometen. Carlos terminaba sus charlas recordando aquellas palabras de Jesús: "Al que se declare a mí favor aquí, yo me declararé a su favor en el cielo".

Con estas instrucciones de Carlos Luanga, ya todos los jovencitos mensajeros y empleados del palacio real de Uganda quedaron resueltos a perder su vida antes que renunciar a las creencias católicas o perder la pureza de su alma con un pecado de homosexualidad. Y ahora iba a llegar el desenlace fatal y sangriento.

El reyezuelo tenía como primer ministro al terrible brujo Katikiro, el cual estaba disgustadísimo porque los que se volvían cristianos católicos, ya no se dejaban engañar por sus brujerías. Y entonces se propuso convencer al rey de que debía hacer morir a todos los que se declararon cristianos.

El cruel Muanga reunió a todos sus mensajeros y empleados y les dijo: "De hoy en adelante queda totalmente prohibido ser cristiano, aquí en mi reino. Los que dejen de rezar al Dios se los cristianos, y dejen de practicar esa religión, quedarán libres. Los que quieran seguir siendo cristianos irán a la cárcel y a la muerte".

Y luego les dio una orden mortal: "Los que quieran seguir siendo cristianos darán un paso hacia delante".

Inmediatamente Carlos Luanga, jefe de todos los empleados y mensajeros del palacio, dio el paso hacia adelante. Lo siguió el más pequeño de los mensajeros, que se llamaba Kisito. Y enseguida 22 jóvenes más dieron el paso decisivo. Inmediatamente entre golpes y humillaciones fueron llevados todos a prisión.

El Padre misionero no había alcanzado a bautizar a algunos de ellos, y entonces estos jóvenes valientes viendo que su muerte estaba ya muy próxima pidieron a Carlos que los bautizara. Y allí en la oscuridad de la prisión Carlos Luanga bautizó a los que aún no estaban bautizados, y se prepararon todos para su paso a la eternidad feliz, que ya estaba muy cerca.

El reyezuelo los volvió a reunir y les preguntó: "¿Siguen decididos a seguir siendo cristianos?". Y ellos respondieron a coro: "Cristianos hasta la muerte". Entonces por orden del cruel ministro Katikiro fueron llevados prisioneros a 60

kilómetros de distancia por el camino, y allí mismo fueron asesinados por los guardias.

Después de haberlos tenido siete días en prisión en esas lejanías, en medio de los más atroces sufrimientos, mientras reunían la leña para el holocausto el 3 de junio del año 1886, día de la Ascensión, los envolvieron en esteras de juncos muy secos, y haciendo un inmenso montón de leña seca los colocaron allí y les prendieron fuego. Entre las llamas salían sus voces aclamando a Cristo y cantando a Dios, hasta el último aliento de su vida.

Por el camino se llevaron los verdugos a dos mártires más, ya mayores de edad. El uno por haber convertido y bautizado a unos niños (San Matías Kurumba) y el otro por haber logrado que su esposa se hiciera cristiana (San Andrés Kawa). Ellos se unieron a los otros mártires (de los cuales 17 eran jóvenes mensajeros) y en total murieron en aquel año 26 mártires católicos por defender su fe y su castidad.

El cruel Katikiro fue fusilado y echado a los perros unos años después en una revolución. El reyezuelo Muanga fue derrotado por sus enemigos y desterrado a terminar sus años en una isla solitaria. Y los 26 mártires de Uganda, con Carlos Luanga a la cabeza, fueron declarados santos por el Papa Pablo VI, y ahora en Uganda hay un millón de católicos: "La sangre de los mártires, produce nuevos cristianos".

Santa Lucía, mártir (304)

Lucía significa: "la que lleva luz".

A esta santa la pintan con una bandeja con dos ojos, porque antiguas tradiciones narraban que a ella le habían sacado los ojos por proclamar su fe en Jesucristo.

Nació y murió en Siracusa (ciudad de Italia), en la cual se ha encontrado una lápida del año 380 que dice: "N. N. Murió el día de la fiesta de Santa Lucía, para la cual no hay elogios que sean suficientes". En Roma ya en el siglo VI era muy honrada y el Papa San Gregorio le puso el nombre de esta santa a dos conventos femeninos que él fundó (en el año 590).

Dicen que cuando era muy niña hizo a Dios el voto o juramento de permanecer siempre pura y virgen, pero cuando llegó a la juventud quiso su madre (que era viuda), casarla con un joven pagano. Por aquellos días la mamá enfermó gravemente y Lucía le dijo: "Vamos en peregrinación a la tumba de Santa Águeda. Y si la santa le obtiene la curación, me concederá el permiso para no casarme". La madre aceptó la propuesta. Fueron a la tumba de la santa y la

curación se produjo instantáneamente. Desde ese día Lucía obtuvo el permiso de no casarse, y el dinero que tenía ahorrado para el matrimonio lo gastó en ayudar a los pobres.

Pero el joven que se iba a casar con ella, dispuso como venganza acusarla ante el gobernador de que ella era cristiana, lo cual estaba totalmente prohibido en esos tiempos de persecución. Y Lucía fue llamada a juicio.

El juez se dedicó a hacerle indagatorias y trataba de convencerla para que dejara de ser cristiana. Ella le respondió: "Es inútil que insista. Jamás podrá apartarme del amor de mi Señor Jesucristo".

El juez le preguntó: "Y si la sometemos a torturas, ¿será capaz de resistir?".

La jovencita respondió: "Sí, porque los que creemos en Cristo y tratamos de llevar una vida pura tenemos al Espíritu Santo que vive en nosotros y nos da fuerza, inteligencia y valor".

El juez la amenazó con hacerla llevar a una casa de prostitución para ser irrespetada. Ella le respondió: "Aunque el cuerpo sea irrespetado, el alma no se mancha si no acepta ni consiente el mal" (Santo Tomás de Aquino, el gran sabio, admiraba mucho esta respuesta de Santa Lucía)

Trataron de llevarla a una casa de maldad, pero ella se quedó inmóvil en el sitio donde estaba y entre varios hombres no fueron capaces de moverla de allí, la atormentaron, y de un golpe de espalda le cortaron la cabeza.

Mientras la atormentaban, animaba a los presentes a permanecer fieles a la religión de Jesucristo hasta la muerte. Por siglos ha sido muy invocada para curarse de enfermedades en los ojos.

Santa María Goretti, mártir (1890-1902)

El 6 de julio de 1902 moría terriblemente apuñaleada, la jovencita María Goretti, mártir por defender su castidad. Es una de las más famosas santas modernas.

Nació en Corinaldo, Italia, el 16 de octubre de 1890, hija de los sencillos campesinos, Luis Goretti y Assunta Carlini. Era la segunda de seis hijos.

A causa de su pobreza la familia tuvo que irse a vivir a unos terrenos pantanosos, cerca de un pueblecito llamado Neptuno, y allí los zancudos contagiaron de paludismo al papá, el cual murió cuando María tenía diez años,

dejando a la familia en total pobreza. El mayor de los hijos apenas tenía trece años.

La mamá tuvo entonces que dedicarse a trabajar en el campo y dejaba en la casa a María, la mayor de las hijas, encargada de cocinar, lavar y cuidar de los demás niños. La jovencita era la más alegre de todos en la familia, y la más cariñosa con la mamá y con los demás hermanos. Ella preparaba las comidas, cosía y remendaba, y cada semana iba al pueblo a asistir a la clase de catecismo.

Sumamente modesta en el vestir, era además muy piadosa. Al cumplir los 11 años hizo su primera comunión. Y desde entonces se propuso preferir la muerte antes que cometer un pecado.

El asesino se llamaba Alejandro Serenelli. Tenía 20 años. Se dedicó a lecturas impuras y éstas le dañaron su alma. Era un trabajador de la misma finca donde vivía María, y al verla tan hermosa se enamoró de ella, y sus pasiones lo incitaron a irrespetarla. La niña, aunque apenas tenía doce años, sin embargo como robusta campesina, aparecía como si tuviera tres años más.

Ya otras veces Alejandro le había hecho propuestas indignas a la jovencita y ésta las había rechazado valientemente. Él se sentía despreciado y como vencido por la fuerza de voluntad de la santa.

Y el 5 de julio de 1902, por la tarde, aprovechando que la mamá de María estaba trabajando en el campo, el joven subió al segundo piso de la casa, donde la joven estaba remendando una pieza de ropa, y la invitó a entrar con él a una habitación. Ella lo rechazó, y el otro a empujones la lanzó hacia adentro. La niña gritaba pidiendo auxilio, pero la ahogaba con sus fuertes brazos.

Ella exclamaba: «No, no! Es pecado. ¡No! No. Alejandro, ¡te irías al infierno! ¡Prefiero morir antes que hacer lo que desagrada a Dios!».

Al oír esto, el atacante sacó un cuchillo y apuñaleó brutalmente a la inocente joven. Ella cayó por el suelo, pidiendo auxilio. El asesino le clavó todavía una vez más puñal en la espalda y salió huyendo. Catorce heridas le contaron después en su cuerpo a la niña, los médicos al examinarla.

Lo último que el asesino escuchó antes de salir huyendo “*Alejandro, yo te perdono*”.

Al fin llega la mamá y le pregunta angustiada:

- María, María, ¿qué ha sucedido? ¿Quién te ha herido?
- Fue Alejandro.
- ¿Y por qué te hizo esto?
- Porque no quise hacer las cosas malas que él quería.

Y el mismo asesino y los médicos certificaron que la niña conservó su total virginidad. Cinco horas después, una ambulancia llevaba a la pobre hija al hospital de San Juan de Dios. Por la misma carretera, unos policías llevaban encadenado a Alejandro Serenelli. Distinto fruto de la educación que cada cual había recibido: la una aprendió a preferir la muerte antes que ofender a Dios, y el otro aprendió en sus malas lecturas a obrar el mal sin medir sus consecuencias.

Nuevos tormentos. El estado de la jovencita era desesperado. Los médicos hicieron lo posible por salvarle la vida pero todo fue inútil. Sin colocarle anestésico, porque no lo había, le abrieron el vientre para operarla, y durante dos horas la pobre víctima sufrió aquel atroz martirio. María toma entre sus manos la medalla de la Virgen Milagrosa, que siempre llevaba al cuello y va ofreciendo a Dios sus terribles dolores. Con paciencia sobrehumana soportó la operación y la sed abrasadora que la siguió.

Las últimas horas de su vida fueron conmovedoras. Recibió con emoción de niña inocente su última comunión y la Unción de los enfermos. Narró que desde hacía tiempo tenía temor de una agresión de Alejandro pero que no había dicho nada por no angustiar a la familia. Le preguntan si perdona al agresor.

- Sí, le perdono, por amor a Jesucristo, y deseo que un día pueda ir él también al cielo.

Luego empiezan los delirios de la altísima fiebre. Grita asustada, como tratando de defenderse de Alejandro. Luego invoca a la Virgen Santísima y recobra la calma.

Veinticuatro horas después de ser atacada, murió santamente. La mamá, el Sr. Cura Párroco, una noble señora española, y dos religiosas italianas habían permanecido toda la noche junto a la cama de la agonizante.

Su muerte conmovió a las gentes de la región. Sin distinción de clases sociales, todos quisieron asistir a su funeral que resultó solemnísimo.

El criminal. Alejandro fue condenado a 30 años de prisión. Al principio renegaba y no daba muchas muestras de arrepentimiento. Más bien lo que sentía era rabia y desilusión por haber cometido semejante error que tantas penas le costaba. Pero en 1910 tuvo un sueño. Vio que se encontraba con María Goretti en un bellissimo jardín, donde ella estaba cultivando hermosas rosas, y que la niña le decía que él también podría ir un día al Paraíso. Esto lo transformó por completo. Se confesó. Empezó a comportarse sumamente bien en la cárcel y a ofrecer sus oficios y sus sufrimientos por sus pecados, y al fin las autoridades le rebajaron la décima parte de su condena por buena conducta y salió libre, después de 27 años de cárcel.

Un encuentro especial. En la noche de Navidad del año 1929, la señora Asunta, mamá de María, que estaba de sirvienta en una casa cural, sintió que tocaban a la puerta. Salió a abrir, y era Alejandro.

- Señora, ¿me conoce?- y bajó los ojos.
- Sí, Alejandro, lo recuerdo muy bien.
- ¿Me perdona?- suplicó el pobre hombre, que llevaba en su rostro las huellas de 27 años sufriendo en la cárcel.
- Sí, Alejandro. Dios lo ha perdonado. Mi hija también lo perdonó. ¿Cómo no lo voy a perdonar yo?

Aquella noche la pasó en la casa del párroco. Y a la misa de medianoche, se acercaron a comulgar juntos, la madre de la santa y el asesino de la mártir.

En adelante la señora Goretti nunca permitió que la gente tratara mal a Serenelli. Cuando las gentes se extrañaban de que lo tratara bien, ella respondía: “Está tan arrepentido. Mi hijita María lo perdonó, ¿por qué entonces no lo voy a perdonar yo? Es cierto que ha cometido un pecado enorme, pero Dios ha sabido sacar mucho bien de tanto mal”.

Alejandro terminó sus días como hortelano en un convento de los Padres Capuchinos, arrepentido y haciendo penitencia por sus pecados.

Gianna Beretta Molla (1922-1962)

Gianna Beretta nació en Magenta (provincia de Milán) el día 4 de octubre de 1922. Desde su tierna infancia, acoge el don de la fe y la educación cristiana que recibe de sus padres. Considera la vida como un don maravilloso de Dios, confiándose plenamente a la Providencia, y convencida de la necesidad y de la eficacia de la oración.

Durante los años de Liceo y de Universidad, en los que se dedica con diligencia a los estudios, traduce su fe en fruto generoso de apostolado en la Acción Católica y en la Sociedad de San Vicente de Paúl, dedicándose a los jóvenes y al servicio caritativo con los ancianos y necesitados. Habiendo obtenido el título de Doctor en Medicina y Cirugía en 1949 en la Universidad de Pavía, abre en 1950 un ambulatorio de consulta en Mésero, municipio vecino a Magenta. En 1952 se especializa en Pediatría en la Universidad de Milán. En la práctica de la medicina, presta una atención particular a las madres, a los niños, a los ancianos y a los pobres.

Su trabajo profesional, que considera como una «misión», no le impide el dedicarse más y más a la Acción Católica, intensificando su apostolado entre las jovencitas.

Se dedica también a sus deportes favoritos, el esquí y el alpinismo, encontrando en ellos una ocasión para expresar su alegría de vivir, recreándose ante el encanto de la creación.

Se interroga sobre su porvenir, reza y pide oraciones, para conocer la voluntad de Dios. Llega a la conclusión de que Dios la llama al matrimonio. Llena de entusiasmo, se entrega a esta vocación, con voluntad firme y decidida de formar una familia verdaderamente cristiana.

Conoce al ingeniero Pietro Molla. Comienza el período de noviazgo, tiempo de gozo y alegría, de profundización en la vida espiritual, de oración y de acción de gracias al Señor. El día 24 de septiembre de 1955, Gianna y Pietro contraen matrimonio en Magenta, en la Basílica de S. Martín. Los nuevos esposos se sienten felices. En noviembre de 1956, Gianna da a luz a su primer hijo, Pierluigi. En diciembre de 1957 viene al mundo Mariolina y en julio de 1959, Laura. Gianna armoniza, con simplicidad y equilibrio, los deberes de madre, de esposa, de médico y la alegría de vivir.

En septiembre de 1961, al cumplirse el segundo mes de embarazo, es presa del sufrimiento. El diagnóstico: un tumor en el útero. Se hace necesaria una intervención quirúrgica. Antes de ser intervenida, suplica al cirujano que salve, a toda costa, la vida que lleva en su seno, y se confía a la oración y a la Providencia. Se salva la vida de la criatura. Ella da gracias al Señor y pasa los siete meses antes del parto con incomparable fuerza de ánimo y con plena dedicación a sus deberes de madre y de médico. Se estremece al pensar que la criatura pueda nacer enferma, y pide al Señor que no suceda tal cosa.

Algunos días antes del parto, confiando siempre en la Providencia, está dispuesta a dar su vida para salvar la de la criatura: «Si hay que decidir entre mi vida y la del niño, no dudéis; elegid -lo exijo- la suya. Salvadlo».

La mañana del 21 de abril de 1962 da a luz a Gianna Emanuela. El día 28 de abril, también por la mañana, entre indecibles dolores y repitiendo la jaculatoria «Jesús, te amo; Jesús, te amo», muere santamente. Tenía 39 años.

Sus funerales fueron una gran manifestación llena de emoción profunda, de fe y de oración. La Sierva de Dios reposa en el cementerio de Mésero, a 4 kilómetros de Magenta.

«Meditada inmolación», Pablo VI definió con esta frase el gesto de la beata Gianna recordando, en el Ángelus del domingo 23 de septiembre de 1973: «una

joven madre de la diócesis de Milán que, por dar la vida a su hija, sacrificaba, con meditada inmolación, la propia». Es evidente, en las palabras del Santo Padre, la referencia cristológica al Calvario y a la Eucaristía.

Fue beatificada por Juan Pablo II el 24 de abril de 1994, Año Internacional de la Familia.

BIBLIOGRAFÍA

Estas biografías están tomadas de:

- SALESMAN, Eliécer. Vida de Santos. Ed. Apostolado Bíblico Católico. Colombia.
- www.ewtn.com
- www.churchforum.org
- www.catolicos.org

¹ Párrafos del libro “Las confesiones”. Ediciones Palabra. Madrid. San Agustín de Hipona, (Hipona, 354-430) Filósofo y Teólogo, es reconocido como una de las cumbres del pensamiento cristiano de todos los tiempos. Escribió sus Confesiones en el año 400.